

La población en un sistema sociopolítico en crisis: México antes de la Revolución

Francisco Alba*

Se realiza una evaluación del papel del cambio demográfico en la generación de condiciones de conflicto social a partir de la revisión de un fragmento de la vasta bibliografía sobre la Revolución mexicana. Se destaca que la moderada aceleración del crecimiento de la población fue acompañada por una incipiente concentración de la población en las ciudades y un movimiento de la misma hacia el norte del país. La composición de la población también se modificó al incrementarse la alfabetización y el trabajo industrial. Si bien el crecimiento de la población intensificó la competencia y el conflicto por la tierra, el ensayo pone el acento en la naturaleza de las instituciones como el elemento decisivo que vincula el cambio demográfico con la solución pacífica o violenta de los conflictos. Se sostiene que los cambios en la dimensión demográfica como componentes fundamentales de la estructura social posiblemente impulsaron el curso de los acontecimientos.

I

Se repite, por lo común, que la Revolución de 1910 es una ruptura en la historia de México. Para algunos, con la revolución se inició una nueva experiencia social, pero hoy el revisionismo pone en duda la importancia y amplitud de esa ruptura. Ese escrutinio crítico no se aplica sólo a México; otras revoluciones reciben el mismo trato. Es natural que ante la situación política y económica actual se discuta la importancia que tuvo la revolución. Sin duda, el país vive momentos críticos en busca de un nuevo patrón de crecimiento y medios de participación más amplios en la cuestión pública. Los aspectos económicos y políticos, son importantes para entender las revoluciones modernas. Por lo demás, esos factores son el sustento para mi análisis de los problemas demográficos.

Desde que el país dejó de ser colonia, hubo esfuerzos constantes para establecer una economía afín a las industriales. De manera diversa, ese objetivo económico ha influido profundamente en

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

las transformaciones que ha tenido la estructura de la sociedad. Igualmente, en la historia de México han influido mucho los ideales y principios de la Revolución francesa. Ambos aspectos suelen ser los argumentos más importantes en las interpretaciones sobre las causas que originaron la Revolución mexicana. ¿Tuvo el factor demográfico algún papel en el estallido del sistema político que la precedió?

El aumento de población que hubo antes de la revolución cobró nueva fuerza en el decenio de 1920.¹ Terminado el movimiento armado, las reformas de los gobiernos revolucionarios favorecieron el aumento de la población con medidas de salubridad, mejoras en las condiciones sociales y crecimiento económico. Se alentó además la fecundidad y se intentó reincorporar a los mexicanos que habían emigrado a Estados Unidos durante y después de la revolución. No se pensaba ya que la inmigración europea era indispensable para el desarrollo del país. Se creía, además, que el crecimiento de la población propia favorecía el desarrollo económico y la estabilidad política.

A la inversa, no hay consenso en cuanto al papel que desempeñó el crecimiento de la población en el origen de la revolución. Procuero aquí evaluarlo e incluir específicamente la cuestión demográfica en los marcos analíticos que procuran dar cuenta del periodo anterior al movimiento armado. Esa evaluación es producto de la revisión de un fragmento de la vasta bibliografía sobre la Revolución mexicana.

No se estilaba ya que las perspectivas simplistas y una sola causa sean las que expliquen las relaciones entre población y desarrollo (económico, social y político). Como sabemos, se pensaba que el crecimiento de la población obstaculizaba el desarrollo y, por lo tanto, era fuente de tensión y conflicto. Así también, la relación entre cambios demográficos y conflicto político no es tan simple como hasta hace poco creían algunos "revolucionarios", que alentaban el crecimiento de la población para conseguir pronto la revolución social que anhelaban (criterio casi totalmente opuesto al neomalthusiano). En la actualidad, al parecer, los factores demográficos no se consideran obstáculos principales ni medios para que muchas economías y sociedades crezcan, se desarrollen y prosperen o dejen de hacerlo (National Academy, 1986); en consecuencia, podemos suponer que tampoco influyen demasiado en la inestabilidad y el conflicto político. Pero sí son factores inmersos

¹ Se calcula que el país perdió alrededor de un millón de habitantes durante la revolución.

profundamente en la sociedad, cuyos efectos es necesario dilucidar; quizá la situación de México a ese respecto nos permita sacar algo en claro sobre las propuestas y perspectivas en cuanto a cambios demográficos, políticos e institucionales.

II

La inestabilidad, la violencia y la guerra alteraron el país durante casi todo el siglo xix. Después de las guerras de independencia, los conservadores y liberales contendieron por el poder hasta el último tercio del siglo, periodo durante el cual las luchas intestinas fueron constantes y las amenazas externas frecuentes. Los 30 años de paz porfiriana que le siguieron terminaron en la Revolución de 1910. La primera pregunta surge a propósito de esta secuencia de hechos. Sería de esperar que una revolución fuera culminación de un periodo largo de inestabilidad más que uno de orden, pero las reacciones de la sociedad son curiosamente dialécticas.

Para definir el porfiriato se recurre por lo común a 2 puntos de vista. Para uno de ellos, es el ancien régime mexicano; para el otro (revisionista), el porfiriato contenía en germen las fuerzas que transformarían al país, ya que uno de los grandes objetivos del régimen era modernizarlo en lo económico, político y cultural.

El desarrollo económico del país durante el porfiriato no tuvo precedentes; la producción creció a una tasa de 2.6% y la población a 1.4% (Reynolds, 1970); aumentaron agricultura, minería, industria y comercio (Historia, 1965, Rosenzweig, 1965: 405-454) y la comunicación se extendió con el ferrocarril, el telégrafo, el correo. El primero, algo notable, creció de 460 a 19 000 kilómetros, muestra de lo que durante el régimen de Díaz significaron desarrollo y modernización: economía abierta a la técnica y al capital extranjeros. De hecho, el crecimiento económico de México estuvo muy relacionado con el crecimiento y expansión de las economías capitalistas. Y en ese sentido, el régimen porfiriano se ha calificado de progresista, avanzado y desarrollista.

Desde el punto de vista político, los orígenes del porfiriato —es decir la república restaurada y la tradición liberal— fueron “revolucionarios”; sus ideólogos anhelaban acabar con la organización y los patrones institucionales heredados que, se pensaba, eran preindustriales y premodernos. Pero para conseguir desarrollo y modernización el régimen necesitaba ley y orden, es decir desarrollar la economía y preservar el statu quo. Y así, aunque se vea paradójico, el proyecto modernizador del régimen porfiriano se

sustentó en formas de control sociopolítico coloniales.² El desarrollo porfirista no llegó a las instituciones sociales, y es seguro que las diferencias en ese sentido se acrecentaron a medida que progresaba la economía.

No tenemos registro exacto del comportamiento demográfico antes o durante el porfiriato, pero en general se piensa que durante esos periodos hubo cambios importantes en la población. Aquí sólo puedo referirme a datos nacionales. A principios del siglo pasado, la población de México se acercaba a los 6 millones de habitantes; a mediados del siglo se contaban 7.5 millones que llegaron al doble en 1910. Poco se sabe sobre los componentes de esa evolución.³ Los cálculos sobre mortalidad que hizo Humboldt para fines del siglo XVIII (29 por mil en *Cuadros geográficos y políticos del Reino de Nueva España* y 33 en *Ensayo político sobre la Nueva España*) parecen demasiado bajos si se los compara con las estimaciones de un siglo después —de 34.4 a 34.7 por mil entre 1895 y 1900 (Collver, 1974)—, cuando estaban disminuyendo las hambrunas y epidemias (González Navarro, 1967). Opinan Sh. Cook y W. Borah (1974) que a mediados del siglo, la mortalidad, “comúnmente” muy alta, quizá empezó a descender lentamente.

Tampoco son definitivas las estimaciones sobre la esperanza de vida al nacer, que según Eduardo Arriaga era para ambos sexos de 24.4 años en 1895 (Arriaga, 1968), promedio no muy diferente —en caso de que sea acertado— al que se calcula para los decenios (siglo inclusive) anteriores. G. Cabrera (1966) y A. Collver (1974: n.7), calculan que de 1895 a 1910 la esperanza de vida era de aproximadamente 30 años. Es mucha la diferencia, como para que se aproxime a la realidad, pero también sugiere que, quizá, la mortalidad disminuyó en la segunda mitad del régimen porfiriano.

Al parecer, hubo escasos cambios en la tasa de fecundidad, que se estima en aproximadamente 45, o poco más, a fines de siglo, pero en general se opina que durante el porfiriato la población se recuperó.⁴ Aunque las estimaciones varían mucho, la población debe haber aumentado a 1.5% anual durante ese periodo (tasa más alta que la del anterior; véase cuadro 3). Durante el siglo

² El régimen de Díaz —dice Alan Knight— no era militar ni policiaco (aunque se apoyaba tanto en los militares como en la policía, los rurales); al contrario, favorecía las instituciones civiles (caciquistas), profundamente arraigadas desde la Colonia (Knight, 1986: I, 18).

³ La revisión de lo publicado sobre demografía histórica confirma el supuesto; véase Grajales (1984).

⁴ Digo “recuperó” tomando en cuenta la drástica baja en la población indígena durante el siglo XVI; véase Woodrow Borah (1979). La población aumentó en los siglos XVII-XVIII y mitad del XIX.

XIX se alentó el crecimiento de la población, porque se pensaba que si era numerosa, el país sería grande y próspero; al mismo tiempo, se alentó la inmigración y no tomó en cuenta la población indígena, pero la primera fue escasa y aumentó la segunda, junto con la mestiza. Otros cambios demográficos que hubo durante el porfiriato fueron la concentración en las ciudades, la migración hacia el norte y ciertas transformaciones en la composición de la población.

El ritmo de la urbanización no era mucho más rápido que la tasa de crecimiento de la población rural, pero hacia fines del porfiriato, la población empezó a concentrarse en las ciudades; las más grandes crecieron al doble (2.5) que el resto de la población urbana y rural (véase cuadro 1). En el mismo periodo, el número de las ciudades con 20 000 habitantes aumentó de 22 a 29.9 (Rosenzweig, 1965: 418). Las "ciudades" se multiplicaron, pero no las villas y pueblos (véase cuadro 2).

La migración al norte ha sido parte de la historia del país. Vemos en el cuadro 3, que la población creció en esa zona al doble de la tasa nacional. Al finalizar el periodo, uno de cada 6 habitantes vivía en el norte, cuya población era esencialmente urbana —a diferencia de la que vivía en el centro, básicamente indígena. La migración cambió los patrones de la estructura social (así, la educación en Chihuahua era más alta que la del resto del país).

El cuadro 4 muestra una de las transformaciones novedosas en la composición demográfica del porfiriato: empezó a crecer la población con escolaridad. Aunque no podemos recurrir en todos los casos a la estadística, varios especialistas opinan que otros cambios importantes en la estructura social fueron el crecimiento de las clases media, urbana en especial y la obrera.⁵ Si, además, tenemos en cuenta las etnias en relación con cierta estratificación o estatus social, la estructura de la sociedad mexicana estaba compuesta de la siguiente manera: 15% de extranjeros y criollos, 50% de mestizos y 35% de indígenas (Molina Enríquez, 1909).

Los patrones demográficos durante el porfiriato no fueron sólo prolongación de los anteriores. Algunos, como la migración hacia el norte y el crecimiento de la población, fueron más rápidos; otros, como la concentración urbana, el trabajo industrial y la alfabetización empezaban su proceso. Esas corrientes cambiaron la composición demográfica, uno de los estratos básicos de la sociedad.

⁵ En 1910 había alrededor de 800 000 obreros en todo el país (Rosenzweig, 1965: 438).

CUADRO 1
México, población rural y urbana, 1896-1910

Grupo de tamaño de localidades	Población en miles		Distribución por ciento		Crecimiento anual (%)	
	1895	1910	1895	1910	1895-1910	1910
5 000 o menos	10 085	12 216	79.8	80.0	1.2	80.0
De 5 000 a 20 000	1 392	1 306	11.0	9.0	-0.1	9.0
Más de 20 000	1 160	1 608	9.2	11.0	2.5	11.0
Más de 5 000	2 552	3 034	20.2	20.0	1.2	20.0
Total nacional	12 637	15 160	100.0	100.0	1.2	100.0

Fuente: Censos de Población, reproducido parcialmente de Rosenzweig (1965:418).

CUADRO 2
México: número de localidades (1877-1910)

Localidades	Número		Crecimiento 1877-1910 %
	1877	1910	
Ciudades	157	247	57
Villas	374	487	30
Pueblos	5 052	5 042	0
Haciendas	5 869	8 421	43

Fuente: Guerra (1985), anexo v (cuadro VIII reproducido parcialmente).

III

Muchas son las interpretaciones sobre el origen de la Revolución. Para lo que interesa en este trabajo, comenzaré con la tesis de W. Borah, uno de los pocos que han estudiado la cuestión demográfica en el ámbito de la historia mexicana. En su opinión, hay 2 grandes cortes en la estructura de la sociedad: uno durante la conquista y otro que está aún en proceso actualmente. Esta posible ruptura se ubica en el marco más o menos convencional de las relaciones entre población y recursos.⁶ Piensa Borah que los cambios demográficos no fueron factor importante ni elemento decisivo en la revolución, pero les atribuye un papel más complejo, aunque menos directo en la gestación del movimiento.

Aun suponiendo que las grandes propiedades se formaron especialmente con las tierras devastadas por la conquista, y no con las que se arrebataron a la población indígena en fecha "reciente", como por lo común se cree, el aumento de población durante el porfiriato se convirtió en factor de discusión. Al parecer, Borah se adhiere a ese punto de vista cuando afirma que "la lucha entre pueblo y hacienda surgió en muchas regiones porque en los primeros aumentó la población y, en consecuencia, querían conseguir las tierras de los hacendados" (Borah, 1979:21). Es de lamentar que no abunde sobre esta hipótesis que, al parecer, se sustenta en un argumento bastante convencional sobre las consecuencias de las presiones demográficas en el origen de tensiones sociales y políticas. Pero, implícitamente, Borah admite que las ramificaciones demográficas relacionadas con problemas de tierras pue-

⁶ Supone que en la actualidad (la de 1979) podían sentirse las consecuencias del enorme crecimiento de la población que empezó durante el porfiriato. Ese aumento, dice, amenaza llevar al límite la provisión de tierra y agua que puede proporcionar la tecnología, pero añade que puede tanto provocar la catástrofe cuanto significar el ingreso triunfal a una nueva era (Borah, 1979: 24).

CUADRO 2
México: número de localidades (1877-1910)

Localidades	Número		Crecimiento 1877-1910 %
	1877	1910	
Ciudades	157	247	57
Villas	374	487	30
Pueblos	5 052	5 042	0
Haciendas	5 869	8 421	43

Fuente: Guerra (1985), anexo v (cuadro VIII reproducido parcialmente).

III

Muchas son las interpretaciones sobre el origen de la Revolución. Para lo que interesa en este trabajo, comenzaré con la tesis de W. Borah, uno de los pocos que han estudiado la cuestión demográfica en el ámbito de la historia mexicana. En su opinión, hay 2 grandes cortes en la estructura de la sociedad: uno durante la conquista y otro que está aún en proceso actualmente. Esta posible ruptura se ubica en el marco más o menos convencional de las relaciones entre población y recursos.⁶ Piensa Borah que los cambios demográficos no fueron factor importante ni elemento decisivo en la revolución, pero les atribuye un papel más complejo, aunque menos directo en la gestación del movimiento.

Aun suponiendo que las grandes propiedades se formaron especialmente con las tierras devastadas por la conquista, y no con las que se arrebataron a la población indígena en fecha "reciente", como por lo común se cree, el aumento de población durante el porfiriato se convirtió en factor de discusión. Al parecer, Borah se adhiere a ese punto de vista cuando afirma que "la lucha entre pueblo y hacienda surgió en muchas regiones porque en los primeros aumentó la población y, en consecuencia, querían conseguir las tierras de los hacendados" (Borah, 1979:21). Es de lamentar que no abunde sobre esta hipótesis que, al parecer, se sustenta en un argumento bastante convencional sobre las consecuencias de las presiones demográficas en el origen de tensiones sociales y políticas. Pero, implícitamente, Borah admite que las ramificaciones demográficas relacionadas con problemas de tierras pue-

⁶ Supone que en la actualidad (la de 1979) podían sentirse las consecuencias del enorme crecimiento de la población que empezó durante el porfiriato. Ese aumento, dice, amenaza llevar al límite la provisión de tierra y agua que puede proporcionar la tecnología, pero añade que puede tanto provocar la catástrofe cuanto significar el ingreso triunfal a una nueva era (Borah, 1979: 24).

CUADRO 3
México: crecimiento y distribución de la población (1800-1910)

Regiones	Población			Crecimiento anual (%)			Distribución (%)		
	c. 1800	1877	1910	1800-1877	1877-1910	1800	1877	1910	
Frontera Norte	391 050	1 128 809	2 607 062	1.39	2.45	6.7	11.9	16.5	
Altiplano Centro-Norte	1 473 440	2 908 192	3 765 270	0.88	0.77	25.4	30.7	24.8	
Centro	2 686 392	3 560 755	5 653 000	0.36	1.42	46.5	37.6	37.3	
Sur	1 231 844	1 884 170	3 235 075	0.55	1.66	21.3	19.9	21.3	
Total	5 784 726	9 481 926	15 160 407	0.64	1.43	100.00	100.0	100.0	

Fuente: John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1986, cuadro 4, pp. 394-395 (reproducido parcialmente).

CUADRO 4
México: nivel educativo (1895-1910)

Entidad	Población capaz de leer y escribir (%)	
	1895	1910
Total nacional	14.4	16.1
Chihuahua	19.0	23.0
Morelos	15.0	19.3

Fuente: Estadísticas sociales del Porfiriato, México, Dirección General de Estadística, 1956.

den entenderse sólo si se tienen en cuenta ciertas instituciones políticas. Sin duda, el crecimiento de la población acrecienta la competencia y el conflicto por la tierra, pero esas instituciones pueden ser mediadoras y así ha ocurrido en México y otros países, aunque, como es evidente, no mediaron durante el porfiriato.

A ese propósito, y en virtud de la gran importancia que se atribuye al problema agrario en el origen de la revolución, es tentador recurrir al conocido análisis de Boserup, quien opina que, como reacción a presiones demográficas, los cambios tecnológicos y sociales favorecerían la transformación agrícola. Boserup tiene muy en cuenta la naturaleza dinámica de la adaptación a nuevas realidades demográficas mediante la innovación y transformación. Pero mi problema es de naturaleza diferente: explicar (con terminología que se aproxima bastante a sus conceptos) el resquebrajamiento progresivo de cierto equilibrio o la falta de condiciones para mantenerlo; en otras palabras, mi problema es explicar qué circunstancias condujeron a la revolución.

Sin embargo, no tiene sentido limitar el análisis a la relación recursos-población. La mayoría de los observadores coinciden en que las crisis que se produjeron por hambrunas o precios altos de los alimentos a principios del siglo y la crisis económica internacional que comenzó en 1907 fueron fenómenos "breves" y "circunstanciales", que no tuvieron mucha relación con las presiones demográficas o la falta de recursos. Si ése fuera el caso, no tendría mucho sentido analizar el gran conflicto social del decenio 1910 como producto de la incapacidad del sistema para conseguir innovación tecnológica adecuada (mecanismos que tiene en cuenta Boserup).⁷

Conviene remitirnos a las opiniones de un mexicano que vivió y diagnosticó la situación de manera muy diferente. (Molina Enriquez, 1909). La relación entre población y recursos se sustentaba en la aparcería y otras normas de tenencia. En su análisis favorece la distribución de la tierra porque, en su opinión, al concentrarse la tierra en pocas manos, se le había dedicado a cultivos que no eran de productos básicos, lo que limitaba el crecimiento de la población.⁸ Según su criterio, la distribución equitativa de la tierra alentaría el crecimiento de la población y permitiría poblar

⁷ Por lo demás, Boserup cambia algo su primera opinión (1965) al aceptar que, después de la revolución industrial, la importación de tecnología modificó la relación original entre las presiones demográficas y la producción industrial (Boserup, 1981).

⁸ Al estilo de los economistas clásicos, en lo que se refiere a los medios de subsistencia supone que hay una relación casi directa entre los estándares de vida (según el ingreso) y el crecimiento de la población.

regiones deshabitadas del país. No me interesa aquí analizar este punto de vista, sino mostrar que, en las circunstancias que prevalecían en México al iniciar el siglo, las instituciones eran más importantes que los cambios demográficos per se. Al parecer, el crecimiento de la población no era causa de falta o abundancia de productos agrícolas y, por lo tanto, no se pensaba que era elemento esencial en el conflicto revolucionario.

No significa esto que los cambios demográficos no desempeñen un papel en situaciones conflictivas. La mayoría de las referencias sobre población y conflicto destacan la importancia del tamaño y crecimiento de la población, pero, sobre todo del crecimiento diferencial y los cambios en composición o estructura.

En este sentido, Geoffrey McNicoll advierte que hay poco sustento teórico para apoyar estudios sobre las consecuencias del crecimiento rápido de la población (McNicoll, 1984). Opina que, con ese crecimiento, "el aparato político y administrativo de un país está constantemente bajo presión y carece de equilibrio". No parece haber sido ésa la situación de México antes de la revolución. Aunque la población creció "más rápido" que en periodos anteriores, la administración y las finanzas se conservaron en orden durante el porfiriato. A pesar de las condiciones deplorables en que vivía el pueblo, no se puede decir que las finanzas estuvieran "presionadas" (Solís, 1986:68-70).

Pero son muy sugerentes las observaciones de McNicoll sobre las consecuencias de los cambios de la configuración demográfica en las relaciones internacionales de poder: "los factores demográficos sumados a los cambios económicos, tecnológicos y ambientales son fuerzas subterráneas que alteran las relaciones de poder; depende de características menos fundamentales como las políticas nacionales que esas alteraciones se produzcan de manera pacífica o violenta" (McNicoll, 1984:220). *Mutatis mutandis*, esa perspectiva es muy adecuada para examinar situaciones conflictivas internas. Además, muchas perspectivas parecen coincidir en lo que se refiere a población y conflicto (Choucri, 1984).⁹ La naturaleza de las instituciones mediadoras es el eslabón que une cambio de la población y violencia o solución pacífica.

Esa mediación se aplica en 2 casos: a) si suponemos que hay relación directa entre población y competencia por recursos y se produce la violencia, aún es necesario buscar las instituciones mediadoras, y b) cuando se presenta la violencia, incluso si no es-

⁹ Hay quienes opinan que es engañosamente simple el modelo que propone relación directa entre aumento de la población, extrema escasez y competencia/conflicto (Harris, 1984).

tablecemos relación clara entre ésta y los cambios demográficos no significa que éstos no desempeñen algún papel en preparar las condiciones que desembocan en conflicto. Ese papel puede describirse como realimentación positiva o negativa, es decir los cambios pueden actuar como medios de “contención” o “ayuda”.¹⁰ En lo que se refiere a la situación de México, creo que si el cambio demográfico no fue decisivo para desatar la revolución, sí desempeñó el papel de “ayuda”. Dicho de otro modo, hay razón suficiente para analizar los cambios demográficos antes de la revolución como elemento de “oportunidad”, suponiendo, naturalmente, que había cierto “descontento”, manifiesto de manera diversa, en el que se reunieron las fuerzas y las condiciones —económicas, sociales, políticas— que realmente desataron el conflicto.

En mi opinión, los cambios demográficos descritos abrieron camino a la revolución. Si descartamos el determinismo simple, de un sola causa, sustentado en tendencias diferenciales de crecimiento o composición, el crecimiento de la población en una sociedad heterogénea actúa en contra de los intentos de nivelar, unificar, sus componentes (desde los orígenes de la nación hubo dos repúblicas: la española y la indígena).¹¹ La población aumentó notablemente durante el porfiriato de 9.5 a 15.1 millones (aproximadamente entre mediados del siglo XIX y 1910 la población casi se duplicó), lo que significa algo más que la mera recuperación de su tamaño anterior. En el ínterin, las instituciones económicas y sociales cambiaron de manera que acrecentaron las dificultades de ese acomodo.

El sistema económico básicamente comunitario del mundo indígena se conservó y ligó a las instituciones impuestas por la colonia. Después de la independencia y antes del porfiriato no fue posible poner en práctica el proyecto liberal a causa de la inestabilidad política, pero la pax porfiriana lo convirtió en realidad. El único sistema agrícola que prosperaba en el campo era la hacienda; pocas oportunidades tenían los pueblos y comunidades (que subsistían con la economía campesina), cuya población había crecido. Y en el ambiente tenso, de enfrentamiento, entre pueblos y haciendas, ese crecimiento llegó a un punto álgido. Con su proyecto de desarrollo, el régimen porfirista dejó de lado la carga que signi-

¹⁰ Kelly y Galle (1984: 92), definen “ayuda” como los “elementos estructurales que no son las causas esenciales de la violencia, pero inducen el proceso”.

¹¹ Éste es el dilema que escogió enfrentar la sociedad mexicana y que, hasta cierto punto, es una elección cultural. Durante la colonización y la conquista no se aniquiló, sino que se usó la población aborígen.

ficaba el pasado; no tuvo en cuenta el espacio que necesitaba la población, en su mayor parte rural y agraria.

Pero esa ola que crecía necesitaba encontrar acomodo en cualquier rincón disponible. Sin posibilidad de conseguir tierras, el campesino terminó como peón de hacienda¹² o migró a las ciudades. A ese desplazamiento rural urbano se sumaron los efectos desestabilizadores del desarrollo industrial constante. La modernización de la economía (aumento en las relaciones capitalistas de producción) acabó por marginar buena parte de la fuerza de trabajo. Ese fenómeno se relacionó con el auge de la modernización económica que tuvo lugar en las postrimerías del régimen porfirista,¹³ años en los que la fuerza de trabajo crecía rápidamente a una tasa parecida a la de la población nacional —1.2% anual entre 1895 y 1910. En el mismo periodo, el sector agrícola creció a la misma tasa, no así la industria y los servicios, que crecieron a 0.9%. Pero la incorporación del trabajo a esos sectores fluctuó mucho en los últimos años del siglo pasado y primeros del actual. En los primeros decenios de esta centuria el trabajo industrial casi no creció, y los servicios aumentaron apenas 0.5% (Rosenzweig, 1965:438); esas tendencias indican que la demanda de trabajo no correspondía a la oferta que había en las ciudades.

Aunque, desde cierto punto de vista, en los últimos años del porfiriato el desarrollo industrial fue impresionante, en realidad, como muestran por lo menos 2 indicadores, fue bastante limitado. En primer lugar, el crecimiento y expansión del movimiento urbano industrial no alteró sustancialmente la estructura del empleo; en 1895, el sector agrícola cubría 67% de la fuerza del trabajo, 66% en 1900, 68% en 1910. En segundo lugar, el desarrollo económico, cuyo motor principal era la inversión y el capital extranjeros, no superó la etapa de la economía de exportación. De hecho, la exportación dominaba la economía; por un lado estaban la minería y la agricultura (por ejemplo con la exportación de azúcar y henequén); por otro, la formación de infraestructura, rasgos que se manifestaron en la distribución sectorial de la inversión extranjera,¹⁴ que en 1911 estaba distribuida de la siguiente manera: 40.2% en infraestructura (en especial ferrocarriles, aunque también se destinaba algo a electricidad y servicios públicos), 27.1%

¹² Como sabemos, el peonaje, que se originó en la colonia tenía por objeto retener la mano de obra mediante el endeudamiento.

¹³ En el último decenio del porfiriato, la tasa de crecimiento del PIB era de 3.3% anual, 1.3% superior a la del periodo 1877-1900 (Reynolds, 1970:20).

¹⁴ La importancia de la inversión extranjera se nota en su crecimiento: 110 millones de pesos en 1884, 3 400 millones en 1911 (Rosenzweig, 1965:433).

en minería más 5.7 en agricultura; pero sólo 3.9 se invertía en la industria manufacturera, inferior a 14.6% destinado a la deuda pública (probablemente algo era también para infraestructura) y 8.5% en comercio y finanzas (Rosenzweig, 1965:432). Enfrentada a las tendencias desequilibradas de la economía, la fuerza de trabajo, que iba en aumento, acrecentó las filas de los desempleados y subempleados, lo que mantuvo los salarios a la baja y, por lo tanto, sirvió como otro elemento de conflicto.

Muchos especialistas señalan la cuestión política e ideológica como factor decisivo en la revolución. Como dije antes, las ideas de la Ilustración habían influido mucho en México desde el siglo XVIII, lo mismo que se inspiró en la revolución francesa el llamado a las armas para defender un nuevo orden. Ese ambiente ideológico predominó en el país bajo el estandarte liberal, que con el tiempo se convirtió en el único proyecto legítimo del país; se trataba de crear un estado moderno, cuyos ciudadanos pudieran participar en la vida pública. Pero el poder estaba concentrado en los círculos impenetrables de una pequeña élite y en los jefes políticos regionales. Durante el porfiriato, la distancia que separaba los principios de lo que eran las relaciones de poder convirtió en ficción la legitimidad y práctica política de origen liberal (Guerra).¹⁵

En tales circunstancias, los cambios demográficos impulsaron el curso de los acontecimientos. La presencia de ciudades a lo largo del país aunado al aumento de alfabetismo y educación, conciencia política y modernización, es decir al surgimiento del “urbanismo” (Wirth, 1938), en cuanto formación de otras estructuras y valores sociales “ayudó ese curso”. Naturalmente, urbanización no significa aparición automática de urbanismo. Probablemente los ciudadanos eran unos cuantos; los campesinos que llegaban al medio urbano sin duda conservaban sus valores.

La importancia de la población nortea puede entenderse con esa perspectiva. El norte, con su economía activa, parecía la tierra prometida, cuna del tipo de hombre emprendedor, más individualista y moderno (en el cuadro 4, Chihuahua representa el norte, Morelos el sur). Esos indicadores —concentración urbana y cambios en la distribución de la población— señalan un cambio en la composición demográfica: una sociedad más móvil dispuesta a superar las peculiaridades locales.

Dije antes que una razón justificada para que hubiera descontento era la cerrazón del grupo en el poder —los científicos—, que no permitía el acceso a las generaciones nuevas. Esa situación

¹⁵ Sobre el proceso de despertar al pueblo y hacerlo consciente del pensamiento liberal y socialista, véase Bastian (1988).

contradice la realidad demográfica de una población joven. Aunque en este periodo no parece haber grandes cambios en la estructura de edades, la población era joven en su mayoría (más de 40% tenía menos de 15 años), en contraste con la edad de los ministros de Díaz cuando reasumió la presidencia en 1910. Una población joven no es, naturalmente, causa de revolución, pero tampoco se puede decir que sea elemento moderador. No olvidemos las presiones que significan en el mercado de trabajo los ejércitos de jóvenes que ingresan en él, situación que, se ha dicho, puede provocar el enfrentamiento y la revolución.

Creo que hubo dos fuerzas —la modernización económica y el conservadurismo político— que coincidieron y chocaron a medida que el porfiriato llegaba a su fin. Lograr una economía industrial era quizá el objetivo más importante del régimen; todo lo demás estaba subordinado a él, incluso los objetivos políticos del credo liberal. Las transformaciones y frustraciones, producto de esa situación, prepararon el escenario para que surgieran las condiciones que terminarían en la revolución. Durante el porfiriato, la mayor parte de la población, básicamente rural, acumuló tensiones. La sociedad tradicional quedó atrapada en las grandes transformaciones de la modernización, que amenazaba esos “acuerdos” sociales establecidos desde la colonia. El porfiriato intentó nivelar y suprimir la heterogeneidad de la sociedad mexicana, pero el intento terminó en un fracaso estrepitoso, porque esas diferencias y tensiones que permanecieron durante siglos en vez de disminuir se acrecentaron y ahondaron en los 3 decenios del régimen. Así pues, la revolución puede entenderse como reacción o rechazo de los objetivos, métodos y consecuencias del modelo de desarrollo porfiriano.

Las masas rurales y urbanas sufrieron las consecuencias de ese programa económico temerario, pero una pequeña parte de la *intelligentsia* mexicana se conmocionó por la descarada falta de respeto a los principios políticos. Quizá esa conjunción fue uno de los elementos básicos de la revolución: el desapego de las masas y el surgimiento del grupo “ilustrado” que en esas circunstancias ejerció el liderazgo. Causas, motivos y objetivos eran quizá de naturaleza diversa, pero quejas y expectativas afectaban a todos los grupos sociales. En ese sentido la revolución fue un movimiento popular genuino, en el que participó activamente el pueblo, que terminó influyendo en los acontecimientos.

En ese ambiente político y económico, las tendencias demográficas (tamaño y crecimiento, cambios en la composición y en los patrones de distribución y concentración) fueron componentes de una nueva estructura social que me atrevo a calificar más

de factores alentadores que restrictivos en la convulsión revolucionaria. De hecho, el medio sociodemográfico se ha considerado como uno de los elementos de la “nueva oposición” al régimen porfiriano (Knight, 1986:40-44). La demografía cambiante, a diferencia de una estable, se convirtió en terreno fértil para la explosión a causa del desarrollo disfuncional y disparado de ese largo periodo de paz. El crecimiento de la nueva población urbana y los grupos con educación e ideología necesitaban ajustes y flexibilidad para dar lugar a sus demandas económicas, sociales, políticas y culturales. La rigidez del régimen transformó esas demandas, influidas por la composición demográfica diferente, en situación muy inestable. La crisis económica y la intransigencia política encendieron la mecha.

IV

De una u otra manera, la transición demográfica está ligada a otras transformaciones que imponen a todas las naciones del mundo, tales como la revolución industrial o la científica y la del individuo mismo, en especial la secularización de la fuente de legitimidad política (una vez más, la Revolución francesa es paradigma de las nuevas formas de legitimidad y participación política, por lo menos en el mundo occidental). En un mundo cada vez “más pequeño”, las sociedades luchan por acomodarse a esas fuerzas que todo lo penetran, defenderse de ellas o asimilarlas. Pero, con frecuencia, el ritmo de cambios y transformaciones provoca el choque de importantes elementos sociales. En tales circunstancias, los cambios en la población pueden ser decisivos, ya exacerbando o apaciguando las tensiones sociales que provoca el cambio económico y político.

Pienso que, antes de la revolución, los conflictos políticos y económicos se superpusieron a una cultura heterogénea en un medio demográfico cambiante que no contuvo las fuerzas en conflicto sino que las “ayudó”. Los sucesos posteriores al movimiento ilustran y apoyan esta interpretación. Después de la revolución se pusieron en práctica reformas sociales y económicas como bases del nuevo consenso que se convirtieron en fuente para el desarrollo del país. Aunque no me interesa aquí evaluar las experiencias del periodo posterior a la revolución, revisar esa experiencia sin duda aclararía, por defecto, el tipo de omisiones que la provocaron.

En lo que se refiere a la interpretación que presenté antes sobre la “ayuda” que significaron los cambios de población en los conflictos previos a la revolución, podemos remitirnos a desarro-

llos que, pasado el conflicto, permitieron enfrentar de manera pacífica cambios demográficos más notables (si se comparan con los del porfiriato) y considerarlos como nuevos recursos institucionales que proporcionarían respuestas, indirectas tal vez, a las demandas y requerimientos del cambio demográfico. Dicho brevemente, se reconocieron los derechos de los pueblos mediante la reforma agraria. La revolución legitimó el ejido y tuvo en cuenta a la población indígena mediante un nuevo tipo de asimilación, que respetaba la heterogeneidad de la sociedad mexicana. Por otra parte, la economía dependiente sustentada en la exportación se sustituyó con un proyecto nacionalista que por cierto tiempo creó empleo y un aparato industrial urbano diversificado. Esos recursos tuvieron éxito a pesar de los problemas demográficos (Alba, 1986). En lo político e ideológico, la nueva legitimidad se sustentó básicamente en la respuesta del régimen a demandas sociales como medio de lograr la igualdad (o, por lo menos, como intento de disminuir los costos sociales del desarrollo) y en su capacidad para proporcionar mejores estándares de vida y elevar el ingreso del pueblo.¹⁶

Después de la revolución la intelligentsia apoyó plenamente el proyecto, el nuevo sector urbano (las clases medias) se benefició con él y las masas —rurales y urbanas— encontraron medio propicio para crecer e incluso mejorar. Hubo ajustes y acomodos entre los principales agentes sociales dentro de un consenso muy amplio. La competencia y el conflicto que surgieron de tendencias demográficas aceleradas no se convirtieron en conflicto político.

Traducción de Martha Elena Venier

Bibliografía

- Alba, Francisco y Joseph Potter (1986). "Población y desarrollo en México: una síntesis de la experiencia reciente", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, enero-abril, México, El Colegio de México, pp. 7-37.
- Arriaga, E. (1968). *New Life Tables for Latin American Population in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, University of California.
- Bastian, Jean-Pierre (1988). "El paradigma de 1789. Sociedades de ideas y Revolución mexicana", en *Historia mexicana*, julio-septiembre, México, El Colegio de México, pp. 79-110.

¹⁶ Se entiende así que el sistema pudiera postergar uno de los propósitos de la revolución, el "sufragio efectivo", a pesar de que fue una de las demandas que provocaron el conflicto.

- Borah, Woodrow (1979). "Discontinuities and Continuities in Mexican History", en *Pacific Historical Review*, febrero, pp. 1-25.
- Boserup (1965). *The Conditions of Agricultural Growth*, Londres, Allend and Unwin.
- _____ (1981). *Population and Technological Change*, Londres, Basil Blackwell.
- Cabrera, G. (1966). "Indicadores demográficos de México a principios del siglo", México, El Colegio de México (mimeo.).
- Collver, Andrew (1974). *Birth Rates in Latin America: New Estimates of Historical Trends and Fluctuations*, Berkeley, University of California.
- Cook, Sh. y W. Borah (1974). *Essays in Population History: Mexico and the Caribbean*, vol. 2, Berkeley, University of California.
- Choucri, Nazli (ed.) (1984). *Multidisciplinary Perspectives on Population and Conflict*, Syracuse University Press.
- González Navarro, Moisés (1967). "El porfiriato. La vida social", en *Historia moderna de México*, vol. 4, México, Hermes.
- Grajales, Agustín (1984). "Revue générale des études portant sous la population mexicaine avant le xxe siècle", Université de Montréal (mimeo.).
- Guerra, François-Xavier (1985). *Le Mexique. De l'Ancien Régime à la Révolution*, Paris, L'Harmattan.
- Harris, John R. y Vijaya Samaraweera (1984). "Economic Dimensions of Conflict", en N. Choucri (ed.) (1984), pp. 123-156.
- Historia moderna de México* (1965). "El porfiriato. La vida económica", vol. 2, 2a. parte, México, Hermes.
- Kelly, William R. y Omer R. Galle (1984). "Sociological Perspectives and Evidence on the Link Between Population and Conflict", en N. Choucri (ed.) (1984).
- Knight, Alan (1986). *The Mexican Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.
- McNicoll, Geoffrey (1984). "Consequences of Rapid Population Growth: Overview and Assessment", en *Population and Development Review*, junio, pp. 177-240.
- Molina Enríquez, Andrés (1909). *Los grandes problemas nacionales*.
- National Academy (1986). *Population Growth and Economic Development: Policy Questions*, Washington, D.C., National Academy Press.
- Reynolds, Clark W. (1970). *The Mexican Economic*, Yale University Press.
- Rosenzweig, Fernando (1965). "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", en *El Trimestre Económico*, núm. 32, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 405-454.
- Solís, Leopoldo (1986). *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, México, Siglo XXI, 15a. edición.
- Wirth, Louis (1938). "Urbanism as a Way of Life", en *The American Journal of Sociology*, pp. 1-34.

